

Martí:

Conocimiento y nación

ALBERTO RODRÍGUEZ CARUCCI*



Siempre que se ve mucho, constante, y acaso únicamente un mismo objeto, el objeto llega a parecer deforme. Así nosotros, de puro mirarnos a nosotros mismos, no nos conocemos.

José Martí.
La Nación.

Buenos Aires, 21-08-1885.

La extensión, variedad y profundidad de la obra periodística y ensayística de José Martí (1853-1895) contiene un sugestivo segmento dedicado a la consideración de diversos temas educativos. Tales inquietudes se iniciaron a partir de sus relaciones con su primer maestro, el educador y poeta Rafael María Mendive, quien sin duda influyó con su pensamiento y su conducta en el despertar de la sensibilidad independentista del célebre intelectual y prócer antillano, cuyos germinales escritos sobre educación datan de 1868- 1871, precisamente en cartas dirigidas al maestro mencionado en las que clamaba por la libertad en la enseñanza, en el marco de la situación colonial cubana. Sus opiniones y sus actividades fueron calificadas como actos conspirativos contra España, fue encarcelado y luego enviado al exilio a tierras hispanas, donde cursó estudios de Derecho y de Filosofía y Letras en las Universidades de Madrid y Zaragoza, hasta concluirlos de manera sobresaliente en 1874.

Sus posteriores estadías en México y Guatemala (1875-1878), Cuba (1878-1880), Estados Unidos (1880), Venezuela (1881) y nuevamente EEUU le permiten observar la problemática educativa del continente, sobre la que escribe sus impresiones, reflexiones y análisis, toda vez que a lo largo de casi todo ese periplo ha ejercido la docencia en distintas instituciones y niveles educativos, obteniendo valiosas experiencias que le ayudan a entender a fondo tanto las limitaciones como las posibilidades de la acción educacional.

La temática que aborda es variada: la educación de

los niños, de los indígenas, de los negros y de la mujer; la educación popular; la educación familiar; la enseñanza y el aprendizaje de otros idiomas; la educación en artes, técnicas y oficios; las relaciones entre la educación y la política. Los efectos de la educación en la sociedad.

En uno de sus cuadernos de apuntes Martí escribió: “*Instrucción* no es lo mismo que *educación*: aquella se refiere al pensamiento, y esta principalmente a los sentimientos. Sin embargo, no hay buena educación sin instrucción. Las cualidades morales suben de precio cuando están realzadas por cualidades inteligentes”, acotando más adelante que “al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás”. “Un *pueblo instruido* -dice- será siempre fuerte y libre”. Y agrega: “Un *pueblo de hombres educados* será siempre un pueblo de hombres libres. La educación es el único medio de salvarse de la esclavitud”.

Estas ideas, que guardan estrecha semejanza con las de Simón Rodríguez, tuvieron seguramente algunas de sus bases en los escritos de Andrés Bello y de Cecilio Acosta que Martí alcanzó a leer durante su breve estadía de seis meses en Caracas, como se deduce de algunos de sus textos sobre ellos.

En el momento más alto de su madurez intelectual, José Martí publicó en Nueva York su ensayo “Nuestra América” (1891), el cual -aparte de efectuar una aguda crítica ante la educación de aquel momento- reflexionaba sugerentemente sobre el valor, la fuerza, la potencialidad y la importancia del conocimiento para la transformación y el ajuste de las realidades de América Latina, encontrando en las universidades los bastiones donde deberían forjarse las bases más sólidas de nuestras naciones. Pero aquellas instituciones, modeladas por el impulso de las ideas positivistas y en concordancia con una visión aristocrática del poder y del saber, según la perspectiva de Martí, se hallaban de espaldas a sus países respectivos mientras se entretenían gozosamente en la admiración contemplativa e imitativa de los logros obtenidos en otras universidades de Europa y Norteamérica, cuyas

necesidades y respuestas no siempre equivalían a las nuestras: “ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico”, lo cual perturbaba las posibilidades de una verdadera independencia. Así, afirmaba Martí, “la colonia continuó viviendo en la república” [...] “Ni el libro europeo, ni el libro yankee, daban la clave del enigma hispano-americano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos”.

Con anterioridad, durante su estadía en México (1875), había escrito que “la inteligencia humana tiene como leyes la investigación y el análisis”, ahora reclamaba el *estudio oportuno* de los problemas, lecturas críticas de cada realidad para ensayar, a partir de ellas, el ejercicio creativo, incluyente, social, de las libertades necesarias: “el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante [...] Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad”.

“Pensar es servir”, escribió Martí, para quien el conocimiento pertinente no consistía sólo en un simple alarde de datos ordenados sobre una realidad empírica, como simple archivo, sino también en la indagación sistemática entre las características, necesidades, posibilidades productivas, modos de ser y de responder que tienen los sujetos que habitan el continente latinoamericano, sobre cuyos rasgos específicos deberían sostenerse firmemente las naciones, su soberanía y la probabilidad de conducir sus propios destinos, más allá de las tensiones, problemas y conflictos que pudieran aquejar sus modos de co-existencia. Reivindicaba así el conocimiento como instrumento útil para formar ciudadanos, construir y transformar la sociedad y modelar el tipo de libertad que aquella pudiera requerir, considerada en sus contextos propios y dentro del marco geopolítico continental y universal.

Sobre la exposición de sus concepciones con respecto al conocimiento y su utilidad en los procesos de conformación de las sociedades latinoamericanas post-independentistas, acechadas por el naciente expansionismo de los EEUU a finales del siglo XIX, José Martí asumió condensadamente una de las primeras críticas a las Universidades de la América Latina, elaborando criterios de correspondencia entre aquellas y sus respectivas sociedades, de cara a las coyunturas internacionales, revelando cómo las instituciones de enseñanza superior podrían verse en tanto factores estratégicos para la consolidación de las entidades nacionales, asomando enfoques, asociaciones y proposiciones en el esbozo de un

proyecto que, aparte de la vigencia que pudiera haber perdido a través del tiempo, siempre vale la pena recordarlo para continuar -en las condiciones presentes- el debate postergado sobre el papel de las Universidades en sus escenarios actuales.

En el cuaderno de apuntes, antes citado, Martí recogió una nota en la que afirma que “el pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del *pensamiento* y en la dirección de los *sentimientos*. Un *pueblo instruido* ama el trabajo, y sabe sacar provecho de él. Un *pueblo virtuoso* vivirá más feliz y más rico que otro lleno de vicios, y se defenderá mejor de todo ataque”.

* Investigador, Instituto de Investigaciones Literarias,
Gonzalo Picón Febres, Facultad de Humanidades.
E-mail: rodriguezcarucci@yahoo.es



Primera Visita de José Martí a Cayo Hueso en diciembre de 1891